

Convento de San Francisco, símbolo del influjo franciscano en Cali. A propósito de los 55 años de fundación de la seccional de la Universidad de San Buenaventura

*Convent of San Francisco, a Symbol of the Franciscan Influence in Cali.
On the Occasion of the 55th Anniversary of the Founding
of the Universidad de San Buenaventura's Branch Campus*

Luis Carlos Mantilla Ruizⁱ 

ⁱ *Academia Colombiana de Historia Eclesiástica; Bogotá; Colombia*

Correspondencia: Luis Carlos Mantilla Ruiz. Correo electrónico: mantilla44@hotmail.com

Recibido: 19/11/2024

Revisado: 28/11/2024

Aceptado: 02/12/2024

Citar así: Mantilla Ruiz, Luis Carlos. (2024). Convento de San Francisco, símbolo del influjo franciscano en Cali. A propósito de los 55 años de fundación de la Universidad de San Buenaventura. *Revista Ciencias Humanas*, (17), pp. 1-8. <https://doi.org/10.21500/01235826.7465>

Editor en jefe: Alexander Muriel, Ph. D., <https://orcid.org/0000-0003-0317-5781>

Coeditor: Claudio Valencia-Estrada, Esp., <https://orcid.org/10.21500/01235826.7091>

Copyright: © 2024. Universidad de San Buenaventura Cali. La *Revista Ciencias Humanas* proporciona acceso abierto a todo su contenido bajo los términos de la licencia *Creative Commons* Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Declaración de intereses: el autor ha declarado que no hay conflicto de intereses.

Disponibilidad de datos: todos los datos relevantes se encuentran en el artículo. Para mayor información,

Resumen

Este inédito escrito, presentado, hace más de 14 años, como una *Lectio Inauguralis* a estudiantes bonaventurianos que iniciaban sus clases, se sitúa en una perspectiva histórica formativa debido a la próxima conmemoración de los 55 años de la fundación de la Universidad de San Buenaventura en Cali (1970-2025); ciudad, en particular, que ostenta el honor de ser la segunda, en orden cronológico (3 de julio), entre las diecisiete ciudades bicentenarias que, en 1810, a través de sus cabildos, formaron las juntas autónomas de gobierno... las ciudades que participaron en este histórico proceso fueron en su orden: Cartagena, Cali, Pamplona, Socorro, Bogotá, Tunja, Mariquita, Neiva, Girón, Mompo, Santa Marta, Popayán, Nóvita, Quibdó, Timaná, Antioquia y Pore. En este hito histórico, el Convento de San Francisco, también conocido como Convento de San Joaquín, sirven a esta editorial como hilo conductor para unir el pasado con el presente de la presencia franciscana en esta pujante ciudad.

Palabras clave: Universidad de San Buenaventura, historia de Cali, franciscanos, bicentenario, Convento de San Francisco.

Abstract

This unpublished writing presented more than 14 years ago as a *Lectio Inauguralis* to Bonaventurian students beginning their classes, is placed in a formative historical perspective, due to the upcoming commemoration of the 55th anniversary of the founding of the University of San Buenaventura in Cali (1970-2025); This city, in particular, holds the honor of being the second, in chronological order (July 3), among the seventeen bicentennial cities that, in 1810, through their town councils, formed the autonomous government boards... the cities that participated in this historical process were in order: Cartagena, Cali, Pamplona, Socorro, Bogotá, Tunja, Mariquita, Neiva, Girón, Mompo, Santa Marta, Popayán, Nóvita, Quibdó, Timaná, Antioquia and Pore. In this historical landmark, the Convent of San Francisco, also known as the Convent of San Joaquín, serves this editorial as a thread to unite the past with the present of the Franciscan presence in this thriving city.

comunicarse con el autor de correspondencia.

Financiación: ninguna. Esta investigación no recibió ninguna subvención específica de agencias de financiamiento de los sectores público, comercial o sin fines de lucro.

Descargo de responsabilidad: el contenido de este artículo es responsabilidad exclusiva del autor y no representa una opinión oficial de sus instituciones ni de la *Revista Ciencias Humanas*.

Keywords: Universidad de San Buenaventura, history of Cali, franciscans, bicentennial, San Francisco Convent.

El historiador inglés Edward Gibbon, autor de la famosa obra *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, nos ha contado cómo le llegó la idea de escribir esta obra: era el 15 de octubre de 1764 y se hallaba en Roma, viendo y oyendo sobre las ruinas del Capitolio a los franciscanos del convento de Aracoeli, quienes cantaban el oficio divino en aquel mismo espacio donde, en otro tiempo, se levantaba el esplendor de la ciudad antigua (*urbs antiqua*).

¿Qué fue lo que le ocurrió para que de este episodio y de las reflexiones que hizo resultara esta obra monumental que ocupa un lugar esencial en la filosofía de la historia? ¿Contraste excitante o coincidencia casual?, se pregunta Irene Marrou (1975), otro historiador moderno, y se responde: “hoy nos damos plena cuenta de cuán irritante y esencial era el problema del triunfo de la religión y de la barbarie” (p. 280), el escándalo de la Edad Media cristiana.

La comparación que se propone aquí, al invocar ese ejemplo de significado universal, es porque un viejo edificio, en nuestro caso el emblemático Convento de San Francisco –que aún mantiene su noble y orgullosa presencia–, sirve como un vínculo que une el pasado con el presente de la ciudad, permitiéndonos reflexionar sobre nuestra historia y herencia cultural.

Este convento, levantado en el corazón de Cali, desde 1764, cuando abrió sus puertas, le pertenece al patrimonio religioso, cultural y artístico de la capital vallecaucana. A su vez, es un símbolo de las tradiciones históricas de Cali como lugar en donde se dieron cita episodios trascendentales de la independencia y de la vida municipal. El convento, también conocido como Colegio de Misiones de San Joaquín, que conforma un complejo religioso con sus dos templos –la Iglesia de San Francisco y la Capilla de La Inmaculada, coronado el uno con su torre mudéjar y el otro con su cúpula en media naranja– emerge como símbolo de la vieja trama histórica de la ciudad y es un remanso de paz que invita al asediado espíritu de los habitantes de hoy a elevarse por encima del ajetreo y del empuje de su industrializada urbe.

Sin embargo, es necesario hacer un ejercicio mental, como el de Gibbon: empinarse por encima del tiempo para asomarse a la Plazoleta de San Francisco de hoy, mirar el retrato de épocas que sepultó el paso de los años y extraer desde ese escenario todos los personajes y episodios políticos, civiles y culturales que brotaron, como manantial, para alimentar las características más determinantes de la fisonomía espiritual del pueblo caleño. Para probar que no son palabras vanas, vamos a recurrir al testimonio de algunos caleños sobresalientes que destacaron el papel del Convento de San Francisco y de los franciscanos en los momentos trascendentales de la ciudad, a través de textos documentales.

Comenzaré por referirme a José Eustaquio Palacios, uno de los personajes más representativos del Valle del Cauca en la segunda mitad del siglo XIX. Bebió el amor franciscano en los claustros del Convento de San Joaquín, donde transcurrieron –por lo menos– tres años de su adolescencia bajo la tutela y el magisterio de fray Mariano Bernal. En la biografía de Palacios, don Raúl Silva Holguín refiere que en una de las visitas misioneras del padre Bernal, en 1844, al norte del Valle –probablemente a Roldanillo, de donde Eustaquio era oriundo–, tuvo un fortuito encuentro con este último, que contaba con catorce años. Surgió así la invitación del franciscano para que ingresara a su convento, como efectivamente aconteció. Desde entonces, el padre Bernal se constituyó en el maestro de letras y en el guía espiritual del futuro autor de *El alférez real*. En 1848, viajaron protector y protegido a Bogotá, en donde Palacios cursó estudios en el Colegio

de San Buenaventura (raíz de la actual Universidad), por un año, hasta que abandonó los hábitos, prendado de un amor que había dejado en Cali –como cree Holguín de modo novelesco– o por la muerte del padre Bernal –como pensamos nosotros–, que le sobrevino en julio de 1849, dejándolo solo y desprotegido.

La honda huella franciscana que dejó en Palacios el contacto con los frailes y con los claustros del Convento de San Francisco revivió en su alma de manera vehemente –pero sobre todo oportuna– cuando en 1870 se dirigió a los representantes del Congreso Nacional para solicitarles por tercera vez que devolvieran a sus legítimos dueños el convento que les había sido arrebatado por orden del Gobierno en 1861, año en el que fueron suprimidas todas las comunidades religiosas en Colombia. Este documento, magistralmente sustentado con argumentos irrefutables, refleja el sentir de la sociedad caleña de la época, el cual fue publicado en la propia imprenta que tenía Palacios; el repaso de algunos fragmentos de esta reclamación en boca de un civil de tanta significación en los anales del Valle del Cauca me evitará pasar por sospechoso de parcialidad:

Ciudadanos representantes al Congreso Nacional: impulsado por un deber de conciencia, me tomo la libertad de elevar este memorial hasta vosotros que formáis el cuerpo más augusto y verdaderamente soberano de la República, y que sois, por lo mismo, los legítimos Padres de la Patria.

Ya, en el año de 1868, tuve el honor de dirigir esta misma solicitud al Senado de Plenipotenciarios; y aunque entonces se tomó en consideración, y también en el año siguiente, nada, sin embargo, se ha resuelto hasta hoy acerca de ella.

[...] A consecuencia de la extinción legal de las comunidades religiosas, los frailes franciscanos que había en esta ciudad de Cali salieron de la República, y hasta hoy se encuentran en país extranjero, sin poder volver a su patria. Están, pues, sufriendo lo que los códigos de todas las naciones llaman pena de destierro. Y esto sin otro delito que el de ser frailes; pero cuando ellos se hicieron frailes no existía pena alguna para ese delito.

Entre estos individuos hubo algunos que no pudieron salir de la República, por impedimento físico notorio, tales fueron los padres fray Damián González y fray Víctor Guzmán, y los profesos fray Manuel de Lemos y fray Vicente Barbosa, estos dos últimos, de ochenta años cada uno.

No me ocupo (porque no importa por ahora) de averiguar si la ley sobre extinción de comunidades religiosas fue justa o injusta; si fue pedida por los católicos de la República o no; si los frailes en general eran útiles o perniciosos; solo sé decir, en cuanto a Cali, que esa ley no fue pedida por los caleños, y que los frailes de esta ciudad no eran perniciosos. El que dijere lo contrario no ha estado jamás en Cali, ni ha hablado con los caleños, ni ha conocido a estos frailes.

En virtud de la ley citada, los pocos religiosos que quedaron en esta ciudad fueron expulsados del convento y han habitado sucesivamente varias casas particulares; hoy, no teniendo cómo pagar arrendamiento, se han visto obligados a refugiarse en la sacristía del templo. El convento, entre tanto, ha estado y está desocupado en su mayor parte.

Hace más de dos años que vino la orden para poner en remate el edificio: con este fin, el agente de bienes desamortizados lo dividió en lotes para facilitar su venta; pero no se ha presentado postor alguno, ni hay temor de que se presente (a no ser algún forastero), porque los hijos del país miran ese edificio con profunda veneración.

No habiendo sido, pues, posible venderlo y hallándose en un estado tan ruinoso que necesita de pronta y constante reparación, ¿sería una injusticia cederlo a los frailes existentes, hijos del mismo convento, para que habiten en él mientras vivan e impidan su completa ruina? ¿Sería esta cesión improbadada por la mayoría de los colombianos que es católica?... La cesión del Convento de San Francisco de Cali a favor de los religiosos, sus antiguos moradores, en vez de ser una injusticia, sería más bien la reparación de una injusticia.

Para probar esto me basta hacer una ligera relación. Hace apenas cien años que el padre fray Fernando Larrea fundó este Colegio de Misiones: el edificio fue hecho por los caleños, nuestros antepasados, con el exclusivo fin de que sirviera para habitación de los religiosos franciscanos. Todos contribuyeron a esta obra piadosa, unos con dinero, otros con materiales y con su trabajo personal otros.

Establecida ya la comunidad, los misioneros comenzaron a servir a Dios y a la patria. Su conducta durante los cien años de su existencia fue siempre pura, intachable y santa. Jamás ocasionaron la menor queja; nunca dieron el menor escándalo. Que lo digan los ancianos de Cali. ¡Que lo digan los jóvenes!

No vivieron, no, en la ociosidad ni en la holganza, como los frailes que pinta el ateo Dupuys. Su vida interior era una continuada penitencia: allí se ayunaba la mayor parte del año; se predicaba la moral de Jesucristo, oportuna e importunamente, como lo manda san Pablo; la luz del día los encontraba en el coro y allí mismo los hallaban las tinieblas de la noche; ellos eran los directores de los católicos en el confesionario; los moribundos, al partir de esta vida, recibían de ellos la última bendición con el último consuelo. ¡Cuántas veces la paz doméstica entre los esposos y el honor mismo de la familia se salvaron por la prudencia de uno de ellos! Y ¡cuántas veces interpusieron su bien merecida influencia en beneficio de la tranquilidad pública! Ellos dejaron recuerdos eternos de su actividad y de su amor patrio, en esta ciudad de Cali. Los templos de San Francisco y de San Pedro, el hospital de caridad, el Lazareto, el puente sobre el río Cali, el Panteón, el Colegio de Santa Librada hablan mejor que yo y hablarán siempre a favor de ellos, con una elocuencia muda. Ellos tuvieron su parte, y no pequeña, en la independencia de la patria; cultivaron con esmero la simiente cristiana en la mayor parte de los pueblos del Cauca; y, por último, su voz evangelizante se hizo oír hasta en las selvas del Darién.

En este convento floreció el padre fray Joaquín Escobar; el que trajo de Quito una magnífica librería; el mismo que en 1810, difundía en los caleños las ideas republicanas y les enseñaba en la plaza pública cuáles eran sus derechos como hombres y como ciudadanos; que fue presidente de la Primera Junta Patriótica que hubo en Cali, y que al fin fue enviado preso a España. Aquí floreció el padre José Joaquín Ortiz, el que edificó el Templo de San Pedro y el puente sobre el río Cali; el mismo que fundó la primera imprenta, y creó rentas para el primer colegio de niñas que hubo en esta ciudad. Allí floreció el padre fray Pedro Herrera, a quien tanto debe el Colegio de Santa Librada; que edificó el Templo de San Francisco; el que viendo a los frailes, sus compañeros, aterrados por los pronunciamientos de 1810 en contra del rey, y que le preguntaban qué debían hacer en tan crítica circunstancia, les contestó únicamente con estas palabras de san Lucas: *levate capita vestra, quoniam appropinquat redemptio vestra* (levantad vuestra cabeza, porque se acerca vuestra redención).

Pero ¿quién podrá enumerar a todos los varones insignes en patriotismo, virtudes y letras que ese convento produjo, ni menos los servicios que por tantos años a la sociedad prestaron? Nombrares, sin embargo, al reverendo padre fray Damián González, actual cura de Cali, cuyos altos méritos y reconocidas virtudes... pero, no, muy profano soy yo para pretender hacer el panegírico de este sacerdote extraordinario: su nombre solo es una completa apología.

Durante la guerra que terminó en 1863, la conducta de los frailes fue verdaderamente apostólica: consolar al triste, socorrer al desvalido, implorar por los que sufrían, auxiliar a los encarcelados; tal fue la parte que les tocó en aquella época de funesto recuerdo.

Vayamos en apoyo de sus argumentos a otro testimonio, mucho más antiguo. Se trata del informe que en 1826 rindió el Concejo de Cali al Gobierno central sobre los religiosos del convento que habían luchado y apoyado la causa de la independencia de Colombia. En él menciona a

El padre fray Eusebio Hernández, de la misma ciudad, ha sido y es patriota entusiasta de Colombia.

Fray Francisco Bermúdez, natural de Popayán, decidido por la causa de Colombia lo demuestra a más de otras muchas pruebas, su discurso en la solemnidad que se celebró en ese colegio en acción de gracias por la victoria de Ayacucho que corre impresa.

El padre fray José Ignacio Ortiz, actual guardián del mismo colegio, es el más grande entusiasta de nuestras instituciones, muy amante del bien público; a sus desvelos y patrióticas diligencias se deben en gran parte el establecimiento del Colegio de Santa Librada de esta ciudad y el de la escuela de primeras letras bajo el método lancasteriano, es acreedor por sus sentimientos y servicios a la más alta consideración del Gobierno.

El reverendo padre fray Pedro Herrera, actual rector del Colegio de Santa Librada, a cuyo interés, celo y actividad se debe en gran parte la conservación y adelantamiento de dicho colegio; es un religioso recomendable por sus virtudes civiles y morales, por su exaltado patriotismo y por los servicios que ha hecho a la República. Antes de la ocupación de este departamento por los españoles fue miembro del Colegio Constituyente que le formó en esta provincia el año de 1815 y desempeñó este destino con la más grande exactitud.

El reverendo padre fray Fernando Cuero y Caicedo, natural de esta ciudad, fue también el año de 1815 miembro del Colegio Constituyente, y cuyo empleo desempeñó a satisfacción de los pueblos que lo eligieron. Fue preso por los españoles luego que ocuparon este territorio el año de 1816, por una casualidad casi milagrosa escapó de sus garras. El padre Cuero es adicto a nuestras instituciones y a Colombia.

Los reverendos padres fray Juan de Dios Montenegro, fray Blas Jaramillo, fray Ramón Delgado, fray Cristóbal Camacho, fray Antonio Pino, fray Miguel González, fray José Ignacio Lourido, aunque no han hecho cosa que deba singularizarlos en particular, todos tienen derecho a la consideración del Gobierno, porque han sido amantes de Colombia y muy adictos a nuestras instituciones y han exhortado a los pueblos a detestar la tiranía, a respetar las leyes y a obedecer a los magistrados de la República. De entre los nombrados merece muy particular recomendación el padre fray Antonio Pino que sirvió de capellán en la división que vino al sur a las órdenes del general Valdés el año de 1826.¹

Todo lo patriótico tenía su escenario en el Convento de San Francisco y así, entre las múltiples acciones que lo enaltescen en este sentido durante la independencia, debe recordarse la junta que se instaló en el convento en 1816, compuesta por el doctor Andrés Ordóñez, provisor del obispado de Popayán, del regidor don Francisco Antonio Córdoba y del padre guardián fray Fernando Cuero, con el objeto de recolectar limosnas de los fieles para establecer relaciones con la Santa Sede. Para tal efecto se destinó una pieza del colegio, para que allí se depositaran las actas y papeles relacionados con este asunto y por supuesto la caja en la que debían entrar las cantidades que remitieran las juntas subalternas, diseminadas en distintos pueblos del Cauca. Desgraciadamente 3 o 4 meses después de instalada la Junta ocurrió la ocupación de la provincia por parte de los soldados de Morillo y no se pudo llevar a cabo tal propósito, que en todo caso debe ser señalado como uno de los primeros intentos que se dieron para establecer las relaciones con la Santa Sede antes de 1819.²

Nos dice el historiador caleño don Nicolás Ramos Hidalgo: que la voz del padre José Joaquín Escobar era respetada por todos “porque a su elevado criterio y a la posición e influencia que tenía por virtud del ministerio que ejercía, unía gran discreción y notable ecuanimidad” y añade: “nos atrevemos a creer que fue Escobar el verdadero director espiritual del movimiento revolucionario del Valle y para ello nos fundamos en el poderoso ascendiente que ejerció entonces y la preeminencia que ocupó y que todos le reconocieron desde los primeros momentos”. Es este un punto importantísimo que hemos de dilucidar más adelante y el cual nos encargaremos de comprobar de modo eficiente, pues no se le ha dado el valor que tiene, lo cual se demuestra mediante el olvido que hace de ese prócer la historia nacional en sus páginas, y el principal motivo que nos ha obligado a empeñarnos en este trabajo que representa la rectificación de este importante asunto como medida de justicia y reparación al hombre que fue el astro máximo en el movimiento revolucionario vallecaucano.

Con motivo del Centenario de la Independencia Nacional, otra figura sobresaliente del Convento de San Francisco ejercía en la sociedad caleña una poderosa irradiación. Se

1. Documento publicado en el *Boletín Histórico del Valle*, de diciembre de 1936.

2. En *Negocios Eclesiásticos* (1826, fol. 21v).

trata de fray Damián González, quien nació (15 de septiembre de 1807) y falleció (27 de diciembre de 1878) en Cali. A tal punto fue su influjo que, como nos cuenta el cronista caleño Luis Carlos Barrera, en los preparativos del Centenario de la Independencia, que se hacían en tertulias espontáneas al frente de la botica del doctor Pedro Pablo Scarpetta, en la vieja placita de san Francisco, surgió la iniciativa de levantarle una estatua en bronce.³ Pero la estatua de este franciscano caleño no fue erigida para adorno de la plazuela, sino como reconocimiento de la ciudadanía a uno de sus más ilustres hijos, como lo reveló en su discurso el doctor Pedro Pablo Scarpetta. Como presidente de la junta encargada de adquirir y colocar la estatua de fray Damián, Scarpetta dijo a la multitud al entregar el monumento en aquella mañana del 20 de julio de 1910:

Guíame únicamente en este acto solemne el cumplimiento de un deber que no es posible esquivar y el cual cumplo con singular regocijo, por tratarse de la ovación que este pueblo, grande y generoso, rinde a un ilustre benefactor, que nos dio con la pureza de su corazón el tesoro de los humildes y que nos enseñó con sus buenas obras a amar la humanidad. Y tanto más goza mi espíritu al contemplar este monumento hoy cuando el sol de los libres que lo baña ilumina también el Centenario de la Patria... Dos estatuas se exhiben por ahora en el territorio del Cauca: allá en la noble Popayán la de un pensador, la de un sabio; aquí la de un humilde franciscano que fue todo caridad; allá la de un mártir de la independencia; aquí la de un hijo de la República. Y ambos son acreedores al respeto, porque si el varón a quien se rinde homenaje no fue campeón de nuestras libertades, sí es como apóstol de la caridad, digno descendiente de los próceres, que aquellos conquistaron. Sabido es que, en la región de las ideas, las tendencias saludables de la República armonizan con los triunfos de nuestra grandiosa epopeya; del mismo modo que puede decirse que el mejor complemento de la sabiduría es la virtud. [...] Vueltos los ojos a la contemplación de la estatua que nos hace pensar en la existencia austera del antiguo guardián de san Francisco, bien quisiera hacer el recuento de sus acciones meritorias, pero vosotros sabéis que fue ejemplo de mansedumbre y de consoladora esperanza, que alivió con mano pródiga a los necesitados y con dulces palabras a los hambrientos de justicia, que en la noche negra de nuestras discordias civiles fue mensajero de paz y tolerancia, así como donde quiera que surgía una desgracia o una tribulación, allí estaba listo para aliviar y bendecir. No es, pues, señores, la erección de esta estatua un hecho aislado y sin significado alguno. Antes bien, ella dice de nuestros anhelos de ver reinar en Colombia ese espíritu de tolerancia de que antes hablé, para hacer firme y duradero el imperio de la paz... Esa estatua es, por tanto, un símbolo; símbolo de gratitud a fray Damián por los bienes morales y materiales que su mano pródiga derramaba por doquiera; símbolo de homenaje a los padres de la patria, que con su ejemplo de abnegación y sacrificio modelaron el ser moral de este nuevo héroe; y símbolo de nuestro espíritu de confraternidad que dejamos aquí escrito a las generaciones del porvenir... (Ayala y Bonilla, 1910, pp. 121-124)

Que la primera estatua pública que se levantó en Cali hubiese sido la de un franciscano del Convento de San Francisco, como uno de los actos con los que la ciudadanía celebró el Centenario de la Independencia Nacional, es una circunstancia muy especial que no solo merece recordarse, sino que nos invita a volver a ella para sopesar cuáles eran los valores que reconocía y premiaba Cali hace un siglo.

En las celebraciones de efemérides de la ciudad —que son las ocasiones propicias para la síntesis histórica— los hijos ilustres de Cali han retornado sobre su Convento de San Francisco, articulándolo al pasado de su ciudad, como Gibbon, quien se remontaba a la historia de la vieja Roma, viendo a los franciscanos del convento de Aracoeli en oración, en las escalinatas del Capitolio romano. Esto hacía José Ignacio Vernaza, el ilustre cartagüeño que —luego de aposentarse en Cali le sirvió en cuanto asimiló su historia, que llevaba sobre sus lomos el cordón de terciario franciscano— escribía en 1950 estas palabras sobre el Convento de San Francisco:

3. En “La diminuta pero bella y caleñísima plaza de San Francisco” (1984, pp. 20-21).

Muy alto es ya el árbol franciscano en estas tierras caucanas y semejante a nuestras robustas ceibas, de firmes raíces, corpulento tronco y frondoso ramaje. Día llegará en que, al escribir su historia en el Valle del Cauca y demás ciudades de este occidente patrio, podrá apreciarse el influjo tan grande que ha tenido esta comunidad en nuestra organización social y política y su labor de incalculables bienes. El espíritu franciscano ha encausado en álveos de orden toda idea trascendental y decisiva en esta ciudad, en donde todos respetamos las ejemplares virtudes de los hijos de Francisco... (p. 233)

Con ocasión del descubrimiento de la placa que habría de perpetuar la fecha en que el padre fray Isaac Londoño arribó a la cima de los cien años de vida, la cual todavía está adosada a los muros exteriores del templo, mirando hacia la plazuela de San Francisco, debajo de la celda que habitaba el homenajeado; el mismo Vernaza (1950) volvía a declarar el profundo entronque del convento con la ciudad, con estas palabras:

Personificado en un solo fraile, la tradición de esta ciudad está tan íntimamente ligada al Convento de San Francisco de Cali, y a su comunidad, desde hace ya casi dos siglos, que no hay hecho cuya trayectoria no se mezcle en algo con el espíritu franciscano. Por eso es tan necesario e indispensable que subsista este convento, en donde la oración se ha coronado siempre de libertad y la libertad de oración. ¿Qué caleño puede concebir su amada ciudad sin este templo, que por estar situado en su centro geográfico es el corazón que impulsa la vida de su espíritu? Estos sagrados muros, con su torre mudéjar, de inconfundible y artístico perfil, lo son todo para cuantos sepan lo que significa la tradición de Cali: sus días gloriosos, los de sus angustias y desconsuelos, en que renació la confianza y se agrandó su porvenir. De allí que Cali sea la ciudad de mayor amplitud en Colombia, porque tiene espíritu franciscano, ese espíritu que es el del bien para todos... (p. 133)

Recopilando lo anterior y a manera de conclusión, recordamos primero el célebre Convento de San Francisco. Pero también es necesario destacar, a comienzos del siglo XX, el seminario menor o “seraficado”, donde hacían el bachillerato y se formaban los niños y adolescentes futuros franciscanos, en la Avenida Sexta, cerca de Chipichape. Más tarde, fueron las escuelitas del barrio Siloé, fundadas por fray Eloy Londoño para los niños pobres. En 1946, con la fundación del Colegio Fray Damián González, también para niños pobres. En 1955, con la apertura del Colegio Pío XII. Y en 1970, el 27 de abril, como volviendo a sus orígenes, a su propio manantial, en el mismo convento, la Universidad de San Buenaventura abrió las inscripciones para la Facultad de Derecho diurno, Educación y Contaduría. Meses después, el 23 de noviembre de ese año, se inauguraba oficialmente la universidad en el auditorio del Colegio Pío XII, a las 6 p.m. El 6 de junio de 1973 se anunció el traslado de algunas facultades y dependencias a La Umbría y el 16 de agosto comenzaron las clases en dichas instalaciones de los programas de Derecho diurno y Economía. El 5 de octubre de 1974 se graduó la primera promoción de licenciados en Ciencias de la Educación, con 73 alumnos.

Esta apretada síntesis es una elocuente demostración del amor de los hijos de Francisco por la ciudad y su gente... Representan el deseo de los hijos de san Francisco por retribuir a Cali el gran amor que, a lo largo de la historia, les ha prodigado. Por todo esto, la Universidad de San Buenaventura podría responder con justicia al título de *una universidad con raíces históricas y con identidad caleña*.

Referencias

Ayala, E., y Bonilla, R. (Eds.). (1910). *Centenario en Cali, compilación de los discursos pronunciados con motivo de la gran fecha*. Imprenta Comercial.

Boletín Histórico del Valle. (1936, diciembre). Núm. 40-42.

La diminuta pero bella y caleñísima plaza de san Francisco. (1984). *Despertar Vallecaucano*, (73), 20-21.

Marrou, H. I. (1975). *La conoscenza storica*. Società Editrice Il Mulino Spa.

Negocios Eclesiásticos. (1826). Vol. 2.

Vernaza, J. I. (1950). *Mínimo elogio de san Francisco y de su obra*. Pluma y Tribuna.